

*El negro es la noche*, por **Fernando Fonseca**. 10/05/2013

## El negro es la noche

*Rue de l'Odeon*

Adrienne Monnier

Edic. Gallo Nero. 249 págs.

Dejadme que os diga una cosa. Acabo de leer *Rue de l'Odeon*, hermoso

libro testimonial de **Adrienne Monnier** y otros que la homenajean como sin duda se merece, y os confieso que he experimentado durante el trayecto solipsista de la lectura una sensación impagable por la que el arrobamiento y la confusión de los tiempos, las sensaciones, los afectos e incluso las admiraciones sanas y provechosas me han guiado con encantador don de mando. (Me habrá ayudado escuchar de fondo a **Patti Smith** interpretando *People have the power*, poesía *beat* y lamento *punk* a partir de la poesía francesa finisecular).

» *os confieso que he experimentado*

# *durante el trayecto solipsista de la lectura*

## *una sensación impagable*

Como alguien cercana a mí, la Monnier me ha trasladado a cierto estado metafísico de obligada publicidad por mi parte. Pero no me veo capacitado, como el *Rey Lagarto*, para ofreceros arabescos de electrónica borrachera cabalgando en la tormenta. Así que vuelvo enseguida a la rectitud.

A título de anécdota, diré que la primera noticia que tuve de *La maison des amis des livres* fue a partir de un malentendido al que me llevó una pequeña agenda, con tapas de piel marrón claro y fuerte olor a tabaco rubio, que se dejó olvidada en cierta cafetería de Oviedo **Juan Benet**. Me tocó recuperarla y la tuve en casa, eso sí, entregado a la indiscreción de revisarla atentamente; hasta que otro mediador, en este caso fue mi amigo **Paco García**, al parecer representante de Benet en la Tierra, supo que la tenía yo y me la pidió para, según me dijo, hacérsela llegar a su propietario, que la andaba buscando. Con la urbanidad decadente que me caracteriza y me lesiona, le entregué la agenda a Paco no sin reservas. Allí figuraba, entre otras, una dirección y teléfono de París que me llamó la atención: *La maison des écrivains*, como todo lo demás escrito, por el propio Benet, con letra muy menuda y a bolígrafo azul. De modo que una ligera confusión de nombres me llevó a descubrir la tienda de la señorita Monnier. Puedo decir que se lo debo a Benet. De inmediato evoqué un punto de encuentro de escritores en París. Todavía no sabía yo que aquel mágico nombre descubierto por mí al azar —el de la librería— respondía a un lugar

sagrado situado justo enfrente de *Shakespeare and company*, de la que ya tenía yo noticia entonces, la tienda de Sylvia Beach, americana que tanto hizo por la literatura europea; entre otros logros, publicar entero por primera vez en Europa el *Ulises* y recibir en su librería como asiduos a **Joyce, Hemingway, Eliot, F Fitzgerald, Pound, MadoxFord, Barnes, Beckett** y casi todos los arcángeles del *modernism*, de la *lost generation* y de mis sueños a voces. Los demás —ángeles de mis sueños susurrados— debían de encontrarse en la acera de enfrente (Valéry, **Gide, Romain, Breton, Larbaud, Fargue, Linossier...**).

» Todavía no sabía que aquel mágico  
nombre  
respondía a un lugar sagrado  
situado  
enfrente de *Shakespeare and  
company*

Me fío de una librera —Adrienne Monier— que entre otras perlas es capaz de vislumbrar que “el estado de ánimo de los libros es una sonrisa universal”. Que apuesta por Romain y nos enseña el *unanimismo*, donde inscribe, con certero olfato, a **Claudel**, en quien

percibe antecedentes surrealistas, pese a que éstos —los surrealistas— lo despreciarían con crueldad injustificada, tanto como a Gide (sí, el de *Paludes*). Que sigue apostando por **Fargue** o por **Reverdy** o por **Rachilde** —de quien nuestro **Rubén** escribió: “satánica flor de decadencia, mala como un pecado” (v. *Los raros*)—, y que publicita una hermosa *plaque* titulada *Bibi-la-Bibliste*, incomparable composición que en dos cuartillas —novela minimalista y poética como ninguna— se eleva con todos los derechos como pieza imprescindible, adelantándose a *Dadá* (*bumbum, bumbum, bumbum*) y sirviendo de manifiesto —*avant la lettre*— para el grupo de los *potassons*. Su autora era una joven inteligente y digna de todo rescate por nuestra parte, **Raymonde Linossier**. Es inevitable, he ahí la literatura francesa que a tantos amamanta...



Hace pocos años he leído otro libro de similar factura. En este caso se trataba de los testimonios de **Sylvia Beach** y sus recuerdos en torno a *Shakespeare and company*, como ya se dijo, situada enfrente de *La maison des amis des livres*. Por eso ahora se me ocurre recomendar

tres libros para completar una trilogía de la culminada vanguardia literaria parisina. Recupero, pues, *París era una fiesta*, de Hemingway, y esos dos libros testimoniales —cuyos títulos responden al nombre de la tienda, en el caso de la americana, y al de la calle, en el de la francesa— de dos amigas, vecinas, amantes, confidentes, apasionadas alumnas, eficaces mecenas y locas por los libros y los escritores y las escritoras y las vanguardias (*avant garde*): Sylvia **Beach** (la vanguardia anglosajona en París) y Adrienne **Monnier** (la vanguardia francesa en París). Por eso hemos de ver la pequeña rue l’Odeon como el pasillo de una casa particular, benefactora y punto menos que celestial, con puertas a ambos lados que dan a habitaciones repletas no tanto de libros como de proyectos e ilusiones que han servido de salvaguarda de una literatura universal e irrepetible por desgracia. Una literatura y una atmósfera. Fue en otro tiempo, lo sabemos, pero se nos ofrece el porvenir, porque estas cosas, mientras estemos vivos, tienen lugar en una espiral llamada Laberinto que gira en nuestro interior. Mientras estemos vivos... Es por eso que el pasillo de la casa pertenece a mi brumoso mundo anhelado, y a esas dos mujeres-madres se lo debo en buena medida.

En 1955 la Monnier, que padecía el síndrome de Ménière, se suicidó. Un año después nacía un servidor y treinta años después, treinta años atrás o treinta años quietos, surgía el reencuentro en la rue l’Odeon, reencuentro que hoy añoramos con la esperanza de que una eternidad por delante nos permita sustentar la liviana emoción de homenajear entre versos y silencios musicados por **Satie** a nuestra querida *Adrienne la Francesa*, como la llamaba cariñosamente **Saint-John Perse**. Ella lo dijo: «El negro es el negro y la noche».

**Fernando Fonseca** es escritor.

(Publicado en *Literarias*)